
BOLETÍN DECENAL

ESTADO MAYOR CENTRAL DEL MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL



10 SET. 1979

SECCIÓN DE INFORMACIÓN DEL EJÉRCITO DE TIERRA

SUMARIO

Páginas

DESDE GUADARRAMA AL TAJO. . .	1
«HOLGURA, ALEGRÍA, NORMALIDAD COMPLETAN EN EL CAMPO FAC- COSO.	4
LA CRISIS DE LA NO INTERVEN- CIÓN.	6
LOS REBELDES TRATAN DE JUSTIFI- CAR SUS PROYECTOS DE ATACAR CON GASES.	7
LAS BANDERAS NACIONALISTAS SE ESTÁN DECOLORANDO.	8
POLÍTICA INTERNACIONAL. . . .	10
EL EJÉRCITO DEL PUEBLO. . . .	13

Boletín Decenal

Sección de Información del Estado Mayor del Ejército de Tierra

Desde Guadarrama al Tajo

La situación militar

Durante varios días, los periódicos de París y de Londres han publicado unos curiosos telegramas, procedentes al parecer del campo rebelde, donde se dice que Franco y sus consejeros alemanes e italianos discuten nuevos planes de ofensivas contra la España leal. De creer tales informes, no se llegó todavía a una decisión. Y las opiniones se han dividido. Unos son partidarios de continuar el gran esfuerzo hecho en Vizcaya por el resto de las regiones norteañas, que siguen ocupando las fuerzas de la República, hasta unir, en los alrededores de Oviedo, las tropas de Galicia con las de Bilbao. Otros creen que sería más decisivo llevar la mayoría de los elementos concentrados hoy entre el Nervión y las Encartaciones a la provincia de Huesca, para desbordar, por la vertiente española del Pirineo, el frente aragonés del general Pozas y penetrar en Cataluña. Otros defienden la oportunidad de un desplazamiento hacia las provincias centrales y de un ataque a fondo sobre Madrid.

Coincidiendo singularmente con tales noticias, vemos otra en la prensa de París. De creerla, Franco ha escrito a Hitler y a Mussolini diciéndoles que la conquista de Vizcaya le ha costado 22.000 hombres y la cuarta parte del material de que disponía y que si quieren que acabe pronto la guerra necesita que le manden 100.000 soldados, 500 aviones y artillería, armas automáticas, carros blindados, municiones y camiones en proporción. Con esos nuevos socorros se compromete a montar este mismo verano dos operaciones simultáneas: una contra Madrid y otra contra Castellón. Esta última tendría en Teruel su base, y si lograba éxito, separaría a Valencia, Castilla la Nueva y Andalucía Oriental, de Cataluña.

También hemos visto un despacho de Londres donde se asegura con referencia a otro de Málaga recibido en Gibraltar, que siguen desembarcando italianos en la ciudad del Guadalmedina y marroquíes en Cádiz, y que los unos y los otros, unidos a batallones de otras procedencias, avanzarán por el litoral malagueño-granadino en dirección a Almería...

Contamos todo lo que antecede, no porque le demos crédito o dejemos de dárselo, ya que nos faltan medios para separar, en tal laberinto de despachos contradictorios, lo verdadero de lo falso, sino porque esas informaciones, al rodar por las columnas de la

prensa europea, prueban que la guerra ha llegado a su momento crucial. Hasta ahora, los facciosos, una vez fracasaron en su tentativa sobre Madrid, se han limitado a buscar objetivos excéntricos, y por lo tanto, fáciles. Ya esos objetivos se van acabando. Llegó el instante de abordar la resolución temible del gran problema estratégico. Y vacilan, titubean y se confiesan a sí mismos, y desde luego, también a sus protectores romanos y berlineses, que la obra que deben acometer, es superior a sus fuerzas efectivas y reales. Una cosa es el *abluff* sempiterno de los comunicados y las exageraciones ridículas de los radios facciosos y de los periódicos intervenidos o comprados, aquí y fuera de España, y otra la situación militar, política, económica y diplomática, tal y como aparece a los observadores imparciales.

Ellos han tenido hasta ahora la iniciativa y nosotros hemos debido limitarnos a acusar los golpes y a devolverlos como podíamos y sabíamos, porque nos lanzamos a la lucha —lucha obligada— sin ejército, sin armamento, sin técnicos, sin organización, teniendo que improvisarlo todo, que superar cada día un obstáculo nuevo. Pero la guerra, dentro de una semana, tendrá ya un año de duración. En ese año, resistimos y forjamos el instrumento de la victoria. Dolorosamente, con angustia y sangre, entre ruinas y cadáveres, devorando inquietudes, amargados por el abandono de las democracias ciega y débiles, transformamos la contienda civil en pugna de independencia, y aceptamos, con resignación callada que sería justo calificar de heroica, el duelo con tres naciones, una de ellas fronteriza.

Han tenido los rebeldes un año para vencer, y no nos vencieron. Es cierto que les apoyan hoy más que nunca los fascismos europeos. Pero también lo es que ya tenemos regimientos y brigadas, y divisiones y estados mayores, y cuadros de oficiales y medios suficientes para defendernos y para atacar. La iniciativa va a cambiar de campo. Este mes de julio verá el principio de tan sustancial modificación del panorama de la guerra española. Podrán los facciosos, aún, sobre todo si siguen recibiendo en la medida de antes, hombres, aeroplanos y baterías, intentar operaciones de gran estilo. Es posible que alguna de ellas obtenga éxitos iniciales. Mas ya puede afirmarse que el bloque macizo de la España republicana no se quebrantará, por duros que sean los golpes que le aiesten. Los soportará sin romperse y responderá a ellos con terrible energía. Pronto lo advertirán en Salamanca y Burgos y también en Lisboa, Berlín y Roma.

* * *

La lucha en el Norte fué cambiando de aspecto, conforme las líneas han ido aproximándose a la provincia de Santander. En el Oeste de la zona minera y en las Encartaciones propiamente dichas, los vascos, santanderinos y asturianos, no sólo resisten, con mejor o peor fortuna, la violenta presión de un adversario muy superior en material y número, sino que, cada vez con más frecuencia, se arrojan al contraataque. Y esto es un admirable sintoma. Un ejército que no se resigna a la defensiva estática, sino que actúa dinámicamente, con ofensivas parciales, disputando el terreno, haciendo pagar cara al agresor cada ventaja táctica, es un ejército que no está vencido y con el que habrá que contar siempre, sean los que sean sus reveses y sus repliegues.

Pero la doctrina de la solidaridad de los frentes, reconocida como óptima por todos los partidos del Frente Popular y todas las sindicales, y todos los gobiernos que se sucedieron en la España republicana a partir de julio de 1936, y que no había sido puesta en

práctica, por causas numerosas y complejas, conocidas públicamente unas, ignoradas otras de las grandes masas antifascistas, empieza a ser aplicada al fin. Cuando escribimos estos comentarios, se pelea, por iniciativa nuestra, en Aragón, en el Centro, en Extremadura y en Andalucía.

* * *

Es en el Centro donde se libran las acciones principales. Y es lógico. Desde el Guadarrama al Tajo, se alinean nuestras unidades más aguerridas y los facciosos, para contenerlas, han hecho enormes trabajos de fortificación del terreno. Si Madrid y sus comunicaciones se hallan protegidas por una castrametación formidable, los sitiadores de la heroica Villa han tenido buen cuidado de oponer a nuestras trincheras, zapas, caminos cubiertos, fosos, nidos de ametralladoras, baterías, casas aspilleras, etc., un sistema igual de atrincheramiento, defendido por innumerables tormentarias. La situación es muy parecida a la que sorprendió a los generalísimos alemanes y francoingleses de la Gran Guerra, después que cesó, porque se habían estabilizado los frentes y soterrado los ejércitos, la guerra de morimiento y maniobra, única aprendida por ellos en las academias y en los libros. Para resolverla, tantearon, probaron, ensayaron, innovaron y prolongaron la horrible conflagración meses y años, mientras la Humanidad se desangraba y empobrecía.

Sin embargo, los hechos demuestran que vamos aprendiendo a romper fortificaciones de campaña. La operación contra La Granja fué para el enemigo un cruel aviso. El ataque sobre Brunete y Villanueva de la Cañada, donde llegamos, en pocas horas, a las posiciones de artillería de los facciosos, es un halagüeño comienzo de actividades que ya no van a cesar. Al mismo tiempo, se ha operado desde Villaverde a Usera, al Sudeste de Madrid, y por la Cuesta de la Reina, cerca de Aranjuez. Y se han iniciado morimientos de diversa amplitud en el Ebro, camino de Zaragoza, en Extremadura, en la zona del Guadalmellato y en los sectores granadinos, desde Frailes a Alcalá la Real.

Todo esto y otras cosas que vendrán, son sólo, como ya decimos, el principio de algo mucho más importante. Pese a los continuos desembarcos de regimientos italianos y alemanes, pese al envío continuo de material a Franco, pese a los repetidos llamamientos de quintas y reservas hechos en el campo faccioso, se restableció el equilibrio militar y la balanza ya no está en el fiel. Se inclina, con lentitud, pero con seguridad, del lado nuestro. Esa inclinación nos cuesta mucha sangre, muchas lágrimas y mucho oro. Mas así lo quisieron los Hados. No nos queda sino resignarnos ante ellos. Y conquistar un mañana de libertad, dignidad y justicia, a costa de un presente de esfuerzos y dolores.



«Holgura, alegría, normalidad completa» en el campo faccioso

En periodo de «euforia», como diría Lerroux

En el «Diario de Burgos» del 28 de mayo de 1937 se publica, con el título «Patronos y obreros» y la firma «A. de O.», un artículo en que, con la falta de conocimiento y de imaginación usual en el campo rebelde, se amontonan todos los manidos y consabidos tópicos a cuenta de la España «roja», a la que se opone el «paraliso» de la España «nacionalista», en cuyo ámbito, según afirma el articulista, «la guerra se lleva con holgura, con alegría, con la serenidad y la resistencia que da el no carecer de ninguna materia y vivir en la más completa normalidad»...

La afirmación quizá satisfaga a quien la hace —manifestamente de encargo y a la medida— y a quienes dieron orden de que se hiciera. Pero a quien, desde la España leal o desde fuera del territorio español, aspire a enterarse de la verdadera situación en que la parte de España hoy sometida a los facciosos se encuentra, no puede basarle con unas cuantas frases hechas, con una aseveración dogmática que ninguna prueba respalda. Pero, ¿cómo saber lo que en esa parte de España ocurre realmente, qué crédito puede concederse a las intrepidas afirmaciones del señor A. de O.?

Tres caminos se nos ofrecen para ello. El primero, los testimonios de los evadidos de la zona rebelde que continuamente llegan a la España leal. El cuadro que de la vida en el campo faccioso trazan no puede ser más deplorable, ni apartarse más del optimismo oficioso del articulista de Burgos. Según cuentan, en la España rebelde escasean los artículos de primera necesidad, especialmente ropa y calzado. La carestía general es aterradora. Falta trabajo. Los impuestos «extraordinarios» para subsidios y gastos de guerra menudean, abrumando al comercio. Las autoridades prodigan multas y sanciones de todo género por incumplimiento de sus disposiciones fiscales. Y al malestar económico se añade el moral. Un ambiente de recelo, de soplonería, de violencia y arbitrariedad envenena hasta las raíces el alma de los españoles a quienes toma de «unánime vilin, para su experimento de «salvación», el conglomerado «nacionalista» de alemanes, italianos, moros, falangistas y requetés. Visto por los ojos de aquellos que han conseguido huir de él, el paraliso fascista tiene todas las tramas de un verdadero infierno. La holgura, la alegría, la normalidad, no aparecen por ningún lado.

No son éstos, naturalmente, los únicos testimonios del campo faccioso que para nuestro conocimiento del mismo se nos ofrecen. La prensa extranjera nos ofrece otros en abundancia. No hace falta acudir a la prensa favorable a la causa del Gobierno legítimo de España. Los grandes periódicos extranjeros que siguen una línea puramente informativa, sin tomar partido, recogen a diario declaraciones y artículos de viajeros que han recorrido la zona rebelde y cuentan, sencillamente, lo que en ella han visto. Esos viajeros nos hablan del pésimo estado de las cosechas, de zonas trigueras en que ni se ha sembrado este año; de cultivos tan importantes como el de la remolacha, casi enteramente arruinados; de industrias como la lanera, a punto de extinguirse, sacrificadas a las necesidades del armamentismo de las tropas nacionalistas los rebanos de que se obtenía la materia prima necesaria para esa industria. Los mismos viajeros nos hablan de la escasez de dinero en el campo faccioso. Los cosecheros fereñanos se ven obligados a vender sus bodegas a los EE. UU. a precios irrisorios. Falta, por otra parte, hombres. El mando rebelde ha declarado últimamente que el vigente cuadro de exenciones del servicio militar era «demasiado amplio», que estaba hecho «para seleccionar lo mejor de cada reemplazo». En consecuencia, se procede a redactar un nuevo cuadro de exenciones. Útiles e inútiles son por igual reclutados a la fuerza. Campos y ciudades se quedan sin hombres. Como en la vieja copla, unos están en presidio y otros están con la tropa. Sin contar con los que llenan los cementerios.

¿No encontraremos por ninguna parte testimonios que nos confirmen la existencia de esa alegría, de esa holgura, de esa normalidad completa que el articulista de Burgos proclama, en la retaguardia facciosa, en todo el campo faccioso? La prensa que en esa retaguardia se publica está sometida a la inspiración directa y, por si esto fuera poco, a la censura de las autoridades «nacionalistas». Su lectura nos permitirá, por tanto, rectificar y precisar nuestra visión del campo rebelde. ¿Qué es lo que esa lectura nos brinda? Juzgue el lector por sí mismo:

«Diario de Burgos» (10-V-1937) reproduce una orden aparecida en el «Boletín del Estado» «aceptando la propuesta del Ayuntamiento de esta capital de costear el 50 por 100 de las obras de

pavimentación de la calle de Santander... QUE SE CONSIDERAN DE UTILIDAD MILITAR, EL OTRO 50 POR 100 DE LAS OBRAS LO PAGARÁ EL ESTADO CUANDO LAS POSIBILIDADES DE LA HACIENDA LO PERMITAN».

En Zaragoza («La Voz de España», San Sebastián, 12-V-1937), Pontevedra («El Faro de Vigo», 9-V-1937) y Córdoba («La Unión», Sevilla, 17-V-1937), las autoridades organizan «dote-
rías patrióticas», cuyos ingresos se destinarán a sufragar atenciones del ejército «nacional». El gobernador civil de Córdoba apela al patriotismo y a la generosidad de los cordobeses. («A B C», Sevilla, 16-V-1937): «El general Queipo de Llano ha dicho reiteradamente que el ejército del Sur necesita ciertos elementos que la PRUDENCIA aconseja callar.»

Al Día del Plazo Único, al Día del Cigarrillo, se añade una nueva iniciativa, debida a un ex alcalde de Córdoba: «El Día de la Toalla, en el que cada hogar de Andalucía deberá desprenderse, aunque sea por una sola vez, de una toalla y dos pañuelos, con destino al ejército.»

Se exprime a la retaguardia por todos los medios, llegando inclusive a la mendicidad organizada publicitariamente. Se utilizan las urnas electorales —que sirvieron para la farsa electoral—, y que aun su nueva ocupación hallarán un empleo digno y patriótico, leemos en una circular del gobernador civil de Málaga, García Alted («Sur», Málaga, 1-V-1937)— para recoger donativos de tabaco en los centros falangistas. «La voz de Queipo de Llano —dice el alcalde de Málaga, pasando a su vez, el platillo de petitorio— se ha quebrado en opacidades de amargura y temblores de desaliento», al dar cuenta, en sus incoercibles soliloquios ante el micrófono, de «la precaria situación por que atraviesa Radio Sevilla» («Sur», Málaga, 4-V-1937), amenazada de tener que poner fin a sus emisiones por falta de recursos económicos. (Señalemos, por otra parte, el hecho de que en la España oficialmente católica «las monjas del convento de Santa María la Real se encuentran en una situación de verdadera penuria, de verdadera hambre.» «La Unión», Sevilla, 1-VI-1937.)

Por lo que hace al comercio... «Las medidas adoptadas por las autoridades con miras a la regulación de las importaciones y exportaciones —reca el encabezamiento de un anuncio— CONTRIBUYEN A DIFICULTAR EL COMERCIO EXTERIOR DE ESPAÑA, aunque siempre procurando garantizar la

solvencia actual y futura del país. Los comerciantes deberán acostumbrarse a abandonar los usuales procedimientos empleados hasta ahora para los negocios con el exterior y recurrir a otros caminos más eficaces. Hemos de negociar con otros países que nos permitan operar a base de compensación; es decir, exportando nuestros géneros a cambio de importar productos de los que estemos necesitados.» («A B C», Sevilla 9 de junio.)

No hay necesidad de recoger más textos. La uholgura de la España nacionalista se confirma una vez más. A fomentar y mantener su alegría contribuyen, indudablemente, las incitaciones a la delación, fomentada por todos los medios, presentada como procedimiento patriótico de «depuración», como un «deber cívico»; los odios aguijados, enco-
nados; la represión de cuanto pueda suponer una crítica, aun la más ligera, de las «autoridades»; las grotescas campañasseudomoralizantes (ya se sabe que, para ciertas mentalidades, la moral es cosa que se refiere exclusivamente a una patológica obsesión sexual, que lleva a extremos como la organización de cursillos de Moral «para enfermeras»; así el desarrollado en Sevilla por el R. P. Felipe Alonso, S. J., conforme al «programa enviado por la Inspección general de Servicios Femeninos de Hospitales» («El Correo de Andalucía», Sevilla, 27 de mayo de 1937). Es de advertir que mientras la Inspección general, etc., se preocupa de organizar cursillos de moral «para enfermeras y auxiliares», en los hospitales de la zona facciosa escasea pa-
vorosamente la asistencia médica; más de un 60 por 100 —en algunas provincias, la proporción ha llegado al 80— de los médicos han sido en-
carcelados o fusilados, «por izquierdistas»).

Por cualquier lado que nos lleguen informes acerca de ella, la realidad de la situación interna del campo faccioso se nos impone, pues, dolorosamente. No hay optimismos de encargo que basten a disfrazar su terrible realidad, su penuria, su aterradora tristeza, su completa anormalidad, que hacen aparecer como un símbolo esas líneas en que «F. E.», de Sevilla, anuncia: «La Comisión Gestora Municipal tiene el propósito de proceder a la ampliación del CEMENTERIO DE SAN FERNANDO POR CONSIDERARLO NECESARIO PARA SU MÁS ACERTADO DESARROLVIMIENTO»...

Ampliar cementerios, poblar cárceles. Tal es la «salvación» que los generales traidores imponen a la España que todavía yace bajo su opresión y la de los invasores cómplices suyos.



LA CRISIS DE LA NO INTERVENCION

Lo que se destaca de las conversaciones diplomáticas

En los primeros momentos que siguieron a la presentación del contraproyecto germanoitaliano al plan anglofrancés, presentados el día 2 en la reunión del Subcomité de No Intervención, los círculos diplomáticos de las potencias democráticas atribuyeron a ese contraproyecto una marcada intención de liquidar el sistema de No Ingerencia. Pero la actitud manifestada por los delegados de Roma y Berlín en el transcurso de la conferencia, un tanto «respetuosas» de la No Intervención; las declaraciones de los hombres representativos de la política fascista de ambos Estados, y los comentarios de su prensa, aclararon con bastante precisión el fondo cierto de la contrapropuesta totalitaria. Hitler y Mussolini afirmaban su decisión de mantenerse dentro del sistema de No. Intervención. Discrepaban en las formas de Control, en el Control mismo. Para ambos era indudable el fracaso de la vigilancia; es claro que lo que no decían era a quién favoreció y favorece el inoperante Control. Su plan de reconstrucción puede concretarse en los dos puntos siguientes: Abandono del Control marítimo, sustituyéndole por una vigilancia en los puertos y por los compromisos de ambas partes españolas derivadas del reconocimiento de beligerancia a Franco. El segundo punto no era sino una promesa: la retirada de los voluntarios.

Con esta fórmula pretendían Roma y Berlín elevar a la Junta de Burgos al rango de Gobierno legítimo de España y facilitarle, por este procedimiento, una ayuda de mayor envergadura y más legal. Con la vigilancia de los puertos y de las fronteras leales al fascismo, quería garantizarse un bloqueo absoluto del Gobierno español. Esta tesis quedó claramente al descubierto por la disección magnífica que el delegado soviético realizó ante los miembros de la No Intervención del cínico contraproyecto hitleromussoliniano.

Todos los países miembros del sistema se adherieron al criterio francobritánico y rechazaron de plano la maniobra de los estados de fuerza. Pero la derrota no ha sido definitiva ni permanente. Después de la conferencia del Subcomité de Londres se ha abierto un período de conferencias y entrevistas diplomáticas, a través de las cuales se destaca la política británica para llegar a un «arreglo» general. En el transcurso de este intervalo hemos podido apreciar un reajuste de la política exterior de Franco; en sus relaciones con Roma y Berlín los rebeldes se presentan como partidarios de la retirada de los «voluntarios», pero... «bajo la condición de la consideración de

su Junta como beligerante». Este cambio de la política de la traición ha sido, indudablemente, dictada por el Duce y el Führer. Los dos dictadores, al unísono, han ordenado a sus representantes en Londres y París se ciñan en sus gestiones de arreglo a esta estrecha línea, que es una celada tendida al Gobierno español.

Referencias recogidas en los medios diplomáticos españoles y noticias particulares recibidas de Londres y París nos hacen creer que existe en torno a la reunión del viernes próximo del Comité de Londres un desconcierto bastante acentuado, incluyendo en él a Inglaterra y Francia. Desde luego, puede afirmarse que no se ha podido llegar a un acuerdo ni ya con Roma y Berlín, sino ni siquiera entre Londres y París. El reconocimiento de beligerancia a Franco se coincide en apreciarlo como imposible en las cancillerías de Inglaterra y Francia. Pero esto sólo momentáneamente. Por de pronto parece que se han dirigido ciertas presiones sobre Bélgica para que lleve a la iniciativa en el Comité de la fórmula de beligerancia. Y aun cuando estos rumores han sido desmentidos, no obstante el ambiente político de la Europa occidental no ha sido totalmente ajeno a esta táctica.

La Gran Bretaña se esfuerza por volver a coger el hilo de las conversaciones para sujetar a Alemania e Italia en la malla diplomática; y se cree que el Reino Unido piensa en suprimir totalmente el Control marítimo para evitar incidentes y sustituirlo por un Control terrestre en fronteras y puertos. Es claro que la fórmula no tiene la menor probabilidad de éxito, ya que ello supondría una ocupación territorial que de ningún modo consentiría el Gobierno legítimo.

Todas estas referencias son de un valor relativo. Lo único consistente y cierto es el desconcierto general en cuanto al hallazgo de una fórmula de Control que salve el sistema de No Intervención.

Si en definitiva la fórmula «salvadora» de reconocimiento de beligerancia a los rebeldes a cambio de la retirada de los «voluntarios» triunfara, cosa nada probable, el Gobierno español exigiría la retirada inmediata de las tropas extranjeras; y después de retirado el último extranjero «podrían» considerarse la cuestión de la beligerancia. Lo cierto, lo evidente, es que la maniobra fascista no triunfará, a pesar de dedicarse de lleno a conquistar adhesiones para la próxima reunión del Comité. Todos los países democráticos, en su absoluta mayoría, y en vanguardia la Unión Soviética, destruirán una vez más el juego del eje Roma-Berlín.

Los rebeldes tratan de justificar sus proyectos de atacar con gases

El procedimiento no es nuevo, ni siquiera hábil. Las crónicas que analizan desde los más variados campos los sucesos de la Gran Guerra han registrado unánimemente la maniobra de clásico estilo alemán. Fueron, en efecto, los imperios centrales quienes organizaron con detalladísima atención la guerra de falsas noticias. Una bien montada propaganda extendía sobre el mundo una especie. Y después, obraban. Se atribuían a los Estados Mayores enemigos propósitos de acciones que más tarde eran los germanos quienes se encargaban de realizar. Así, el bloqueo contra Britania con su estela de monstruosos torpedeamientos. Así, la guerra submarina, exacta definición de la piratería en el mar, conseguida a la perfección por los marinos del Kaiser. Y como final, la guerra química, hecho criminal que jamás podrá borrarse de la Historia.

El Gran Cuartel General de Guillermo II, en un trágico mes del año 15, lanzó la consigna: «Los ejércitos aliados, en sus últimas acciones, han empleado, como medio de combate, los gases tóxicos.» El mundo quedó sorprendido. Después, las investigaciones dieron un resultado que demostraba la falsedad alemana. Pues bien, a las escasas semanas el Estado Mayor teutón dió la orden de atacar con gases. El ejército aliado fué cogido desprevenido. Y los campos se llenaron de cadáveres franceses, belgas e ingleses sorprendidos con una muerte cruel y sin precedentes.

No debemos confiar. Las radios facciosas, primero, los periódicos depués, han recibido una consigna inquietante. Oficialmente, desde Salamanca, se informa de una supuesta dotación de caretas contra gases del ejército republicano, y añade el comunicado de la facción que «esto demuestra que nos disponemos a su empleo», para terminar diciendo: *«Pero estamos prevenidos y responderemos en la debida forma.»* La maniobra es burda. Tiene un precedente bien claro y una idéntica marca de fábrica.

Bien conocida es la posición a este respecto del Gobierno de la República. Recientemente hubo de dirigirse el Foreign Office a los rebeldes y al Gobierno legítimo de España, pidiéndoles aseguraran la voluntad de no emplear los gases como elemento de guerra. La nota-contestación del Gobierno republicano no dejó lugar a dudas en cuanto a su propósito firmísimo y solemne de no acudir al citado medio. Ahora, los insurrectos se disponen a entrar en el viejo proceder alemán. Salamanca da la noticia. Y no debemos olvidar que en Salamanca está el Cuartel General de von Faupel...

El ministro de Defensa Nacional ha desmentido pública y categóricamente la última noticia de los rebeldes. Los términos de la nota ministerial son incontrovertibles. Y por si fuera poco, las informaciones alemanas e italianas no logran ponerse de acuerdo, siquiera en lo que a la acusación se refiere. Mientras que la agencia oficiosa D. N. B. asegura que los gases empleados por el Gobierno eran arsenicales, las versiones de origen italiano dicen que son lacrimógenos.

El mundo comprobará la desfachatez de tal acusación. Los estados fascistas, impotentes con las armas, tratan de llevar a nuestra guerra la guerra de mentiras y calumnias. No deben olvidar que fué ésta precisamente una de las causas que precipitó el hundimiento de la Alemania de los «Junkers».

Las banderas nacionalistas se están decolorando

Esto afirman, al menos, falangistas y requetés

Es curioso. Cuando parecía lo natural que lo de Bilbao hubiera exaltado la moral de las heterogéneas tropas «nacionalistas» y que los periódicos de la prensa rebelde reflejasen ese índice de entusiasmo y de esperanza en su porvenir, nos encontramos con un fenómeno verdaderamente aleccionador: todo son recelos y tiquis-miquis y vengas y dales... Tenemos sobre la mesa toda la prensa facciosa. La repasamos cuidadosamente, aun a sabiendas de que está dictada en la Oficina Central de Prensa y Propaganda del llamado Cuartel General del generalísimo Franco, en Salamanca, y que, por lo tanto, su tono es monocorde y su literatura la del «Tibib-Arrumís», criado de March y amigo de los amigos del conocido contrabandista balear. Y nos sorprende el hecho, de sencillísima comprobación, de que lo de Bilbao, en vez de un aglutinante energético —que buena falte les hacía—, ha resultado un diasociante de incalculables proporciones. ¿Quién ha tomado Bilbao? ¿Qué tropas, qué generales, qué iniciativas pueden apuntarse en su haber el suceso, para ellos fausto, de su entrada en la capital de Vizcaya?...

Naturalmente, nadie sería osado de arrebatarse al generalísimo estos laureles de una manera descarada. No lo toleraría la Censura. Funcionan con toda severidad los Tribunales Militares. En último extremo ahí está Doval con su guardia pretoriana y con sus «servicios secretos» decidido a que ninguna sombra empañe la rutilante luz que nimba al director de la *Gaceta de Tropas Coloniales* desde que se nombró Jefe de la España Nacionalista y

Lugarteniente en el Occidente europeo de Hitler y del Duce.

Pero, sin llegar a descararse, los periódicos de la prensa blanca, desde que las tropas de Franco se pasean por las orillas del Nervión, vienen llenos de tachaduras, que acusan impresiones y comentarios poco o nada gratos en el paseo del Espolón de Burgos y bajo los soportales de la plaza Mayor de Salamanca, por donde discurren —es un decir— los políticos que prestan su asistencia a la Junta facciosa de Burgos y que alientan a sus caudillos en la cruzada contra la democracia y contra el marxismo.

Sobre todo, los diarios de Falange Española y de la Comunión Tradicionalista vienen que da pena tenerlos en las manos. Están prohibidos los blancos en sus columnas, pero, a lo que parece, fué tal la cantidad de originales pecaminosos que fueran a las cajas a raíz de la evacuación de Bilbao, que a los censores se les presentó el problema de suspender esas publicaciones o de consentir, por una sola vez, que en los periódicos se advirtiesen los arañazos de la censura. Y se advierten. ¡Vaya si se advierten! Arañazos que, a no dudar, se habrán enconado en las carnes de muchos de los que combaten en las montañas de Euzkadi por Dios, por la Patria y por la venta de metales para las industrias de guerra de Italia y de Alemania, que los piden con mucha necesidad.

¿Quién ha tomado Bilbao? ¿Quién ha dado el pecho y la sangre para «liberar» a los vizcaínos del yugo de los rojos?

La consigna es severa. No se puede

citar a los alemanes ni a los italianos más que con los eufemismos de «legionarios» y «negrillos». Pero ni de «legionarios» ni de «negrillos» se habla, siquiera, en las informaciones periodísticas. Les da rubor. Y, como de ellos deliberadamente no se habla..., ¿quién ha tomado Bilbao?...

Los «requetés» y las Brigadas de Falange no recatan su disgusto porque no se les cita para nada en los partes oficiales. «¿Es que no somos nadie?», preguntan desde sus periódicos. Y culpan a los *caballeritos de...* Estos «caballeritos» son los oficiales españoles del ejército de Franco, que se han puesto a matar con esas tropas y con los compañeros que las mandan desde que Franco las militarizó. Son los mismos que niegan el saludo en las calles, en los cafés, en los alojamientos, a los finchados alemanes y a los atolondrados italianos. Los mismos que no recatan su repugnancia a tener que codearse con los aventureros uniformados que el generalísimo ha traído a la conquista de España y que toman a España por país conquistado.

Esto es lo que dicen con tachaduras y sin tachaduras los periódicos de Falange Española y de la Comunión Tradicionalista desde que sus milicias entraron en Bilbao... dejándolos a ellos en los alrededores.

Algunos periódicos ocultan en sus páginas más recatadas los telegramas —de inserción obligatoria— que cursó Franco al Duce y a Hitler dándoles cuenta del éxito alcanzado por «sus» tropas.

Falangistas y requetés, en vista del éxito, se despojan de sus uniformes y obligan a sus mandos a publicar sendas órdenes recordando que vestirlo es un honor y abandonarlo una deslealtad. Es un toque «de generala» que se repite desde hace quince o veinte días en toda su prensa, con insistencia que llama poderosamente la atención.

Y con ironía o sin ironía —allá cada cual— se frecuentan también en esos periódicos advertencias de tipo inocente a tenor de la que sigue:

«Hay algunas banderas nacionales que por el poder decolorante del sol van perdiendo día tras día la alegría de sus colores. Se van tornando blancas y pueden antojársele a alguien señales de rendición.»

Entre tanto, en Burgos, siguen pensando que es sencillo colocarse en cada momento al sol que más caliente —decolore o no sus banderas—, y ya no saben si mirar a Inglaterra o seguir mirando hacia Italia.

¡Para lo que hay que ver en su terreno mejor están con los ojos cerrados!...



POLITICA INTERNACIONAL

Ante ochenta mil miembros de las Secciones de Asalto. Hitler ha pronunciado un discurso en Wursburgo, y ha dicho: «Alemania necesita importar mineral de hierro; por esto queremos un Gobierno nacionalista en España que nos permita adquirirlo.»

Ha causado sensación el hecho de que esta frase, que oyeron todos los presentes, y con ellos los corresponsales de toda la prensa mundial, haya sido eliminada de la referencia oficial transmitida por la agencia D. N. B.

★

Las reuniones celebradas en la pasada decena por el Comité de No Intervención han tenido un interés excepcional. Por primera vez, Inglaterra, Francia, y con ellas la mayoría de los países europeos, han opuesto una tenaz resistencia a las provocaciones fascistas favorables a los facciosos españoles. Inglaterra y Francia, ante la retirada que acusábamos en nuestro número anterior de Alemania e Italia que se alejaban del control naval, hicieron proposiciones concretas para asegurarlo por ellas mismas. Pero Hitler y Mussolini se opusieron, haciendo, a su vez, contrapropuestas que exigían el reconocimiento de la calidad de beligerante al traidor Franco. Francia, Inglaterra y Rusia, principalmente, apoyaron estas proposiciones, rechazando las de los países fascistas. Y, cosa digna de señalar; por primera vez desde el comienzo de la guerra, Portugal se opuso a proposiciones germanoitalianas, mostrándose de acuerdo con Inglaterra.

Ante la unanimidad europea Alemania parece reflexionar. ¿Qué teme Hitler?... Pero Italia, no. *Il Popolo d'Italia* publica un artículo de Mussolini, aunque sin firmarlo, que titula: «Los voluntarios en España y Londres». Con un cinismo absolutamente fascista asegura que desde el acuerdo de No Intervención, ni un solo soldado italiano ha entrado en España. Los que vinieron antes, lo hicieron por su voluntad, y es sólo Franco quien puede eximirlos de su compromiso moral. Asegura luego que la neutralidad inglesa es una

fabula sólo creída por los tontos, e insiste en afirmar que en el Mediterráneo el fascismo ha vencido al comunismo, y la profecía de Lenin ha quedado incumplida.

El artículo ha causado en todo el mundo pésimo efecto.

El Comité de Londres rechaza las lamentables sugerencias de los fascistas. Inglaterra, Rusia, Francia, Checoslovaquia, Bélgica y tantos otros países, muestran su repulsa y aceptan el control francobritánico. A pesar de la terminante oposición de Maisky, Lord Plymouth y Corbin, Alemania e Italia piden un plazo para que el mundo lo piense mejor. Plazo que concluyó el día 9 de julio.

Mientras tanto, Franco, quizás absolutamente desconcertado por la postura de Alemania, que parece rectificar sus errores, intenta acercarse a Inglaterra. Concede a compañías británicas la continuidad de la explotación de las minas de Vizcaya. Pide el reconocimiento como beligerante. ¿Se enfrenta con Alemania e Italia, sus aliadas en el crimen, o está acorde con ellas para una nueva maniobra?

Franco promete retirar los soldados extranjeros. ¿Qué finalidad busca? Sin ellos, su caída sería vertical y la guerra terminaría en plazo breve. ¿Qué significa, pues, esta retirada que «ofrece» a cambio de la beligerancia?

Francia no parece dispuesta a caer en una trampa, aunque estuviera hábilmente tendida. E Inglaterra tampoco.

Norteamérica ha dado un encargo concreto a Van Zeeland, que, a su llegada a Europa, se ha entrevistado con Chamberlain y Eden, a quienes ha puesto al corriente de los planes de Roosevelt, que parecen tener una definitiva importancia para la paz del mundo, pero que se guardan, hasta ahora, con un absoluto secreto.

Estas horas tienen una definitiva importancia para el porvenir universal. Se trata del momento más crítico surgido desde 1914. Parece, y así sería de desear, que la entereza por fin demostrada de las democracias ha terminado con las provo-

caciones de los fascistas, consiguiendo mejorar notablemente la situación del mundo.

★

De nuevo, frente a frente el Japón y Rusia. Las ambiciones imperialistas del primero en Manchuria han provocado graves incidentes de tipo fronterizo, que en los últimos días se han repetido peligrosamente. El gran amor por la paz de la República Soviética y su enorme fuerza militar, son garantías de que la grave situación será satisfactoriamente resuelta, a pesar de los deseos nipones de provocar un conflicto en el extremo Oriente.

★

Continúa la persecución hitleriana contra la iglesia católica. A consecuencia de la campaña de difamación, los sacerdotes son insultados en las calles. Algunos de ellos, ex combatientes, han vuelto a vestir el uniforme militar.

★

El general Speer, jefe de la delegación militar inglesa que visita Francia, ha dicho a los periodistas: «La amistad francoinglesa es sincera y firme. Quienquiera que ataque vuestras trincheras ataca las nuestras. Tengo la convicción personal de que el país que agrediese a Francia, encontraría a Inglaterra para cortarle el paso.»

★

Con motivo de la llegada de von Neurath se celebró en Sofía una manifestación de protesta antifascista. El auto en que viajaba el ministro de Hitler fué obligado a detenerse mientras la multitud silbaba y daba gritos antinazis. Tuvo que ser avisada la policía. Las negociaciones se han verificado en un castillo situado a 20 kilómetros de la ciudad, para evitar la repetición de incidentes.

★

El escritor de lengua inglesa Kuthe, al servicio del III Reich, ha escrito un libro grosero contra la España republicana... y no ha encontrado editor en toda Norteamérica, donde la obra estaba especialmente destinada. Tal es el ambiente antifascista de la gran democracia yanqui.

★

En el discurso pronunciado en Londres, con motivo del Día de la Independencia,

el Embajador norteamericano ha dicho: «Los déspotas han obligado a Estados Unidos y a Inglaterra a emprender la carrera de armamentos. Ya que la hemos emprendido, debemos ganarla. Esperamos que los fomentadores de la guerra se darán cuenta de la situación que están creando antes de que se produzca la catástrofe que sólo de pensarla hace estremecer.»

★

El dictador portugués Oliveira Salazar ha sido objeto de un atentado del que salió indemne.

★

La radio facciosa de Salamanca transmitió el día 5 la siguiente nota: «Reina malestar entre los marinos ingleses de Gibraltar que han recibido del Almirantazgo la orden de hacer fuego contra todo avión de Franco que pase por sus inmediaciones, aún sin agresión previa, y que respeten resignadamente, en cambio, las agresiones de los aparatos rojos a las que no darán publicidad. El Almirantazgo inglés niega la noticia.»

★

El doctor Ley, ministro nazi, ha dicho a los obreros: «Sois soldados de Adolfo Hitler a todas las horas. No podéis tener más vida privada que por la noche: cuando dormís.»

DIEZ DIAS EN...

LA ZONA FACCIOSA

Un periodista polaco escribe a su diario: «¿Qué voy a decir de Queipo de Llano, de sus chistes cuando la tierra arde, cuando el hermano asesina al hermano? Macabro, propio de un imbécil y no de un soldado.»

★

El contrabandista español Juan March salió de Londres, a donde fué a gestionar empréstitos de Banca, seguramente sin haber conseguido sus propósitos. Con el mismo objeto se dirigirá ahora a otras capitales europeas. Se comenta en Inglaterra estos

viajes que son exponente de la difícil situación económica porque atraviesan los facciosos.

★

Se ha establecido en la zona rebelde «El día del Pañuelo y la Toalla» para que en cada lugar de Andalucía se prescindiera por una sola vez de un par de pañuelos y una toalla destinándolos a las necesidades del ejército.

★

Algunos trabajadores de Gibraltar se han entrevistado secretamente con repatriados italianos, los que han confirmado las pésimas condiciones en que se desenvuelve la vida en la zona rebelde. Confirmaron que los soldados españoles son objeto de vejámenes por parte de los extranjeros. Escasean mucho artículos de primera necesidad y sobre todo ropas y calzados. Añaden que es seguro que si se retiraran las tropas invasoras, los españoles cometidos a Franco se rendirían o se pasarían en masa a los leales. La falta de entusiasmo para luchar es grande, pues detestan la causa por la que se ven obligados a combatir.

★

Según un periodista letón que ha vivido varios meses entre los facciosos, los falangistas poseen la orientación alemana. Cuando Hedilla fué detenido, se dirigieron al embajador de Hitler, von Faupel, para que les ayudara, pero éste nada pudo hacer por el jefe fascista encarcelado. No reconocen la Iglesia de Roma. Tampoco los carlistas, alrededor de los cuales se ha agrupado la aristocracia, están de acuerdo con Franco. Los fascistas reclaman la nacionalización de las propiedades agrarias mientras que los carlistas desean que todo siga igual. Los primeros predominan en el Sur; en el Norte son los requetés los que tienen mayoría. Pero la cuestión religiosa sigue siendo el factor decisivo de las luchas que ya están latentes.

★

Asegura un evadido que una disposición del mando faccioso permite a las autoridades «requisar» hombres y mujeres para las faenas agrícolas, en sustitución de los que están combatiendo, con la única remunera-

ción de comida y cama. A este efecto se les considera militarizados.

★

La Unión, diario sevillano, dice que las monjas del convento de Santa María la Real están pasando por una situación de verdadera penuria, de auténtica hambre. Añade que «circunstancias especiales» les impiden percibir las escasas rentas de sus modestas dotes. No pueden pagar ni el pan. No pueden vivir. La clausura les veda los medios elementales para recaudar socorros.

★

«Vamos pronto a tomar Gibraltar», tal es la inscripción que llevan las insignias que son distribuidas por todos los pueblos y aldeas de la España meridional en poder de los facciosos. En la Línea la mitad de los habitantes las ostentan.

★

Comunican de Gibraltar que los facciosos han ejecutado en Algeciras a 40 obreros que trabajaron durante varios meses en las fortificaciones de Punta Carnero. Se dijo que tales obras tenían la finalidad de proteger la costa, pero es lo cierto que los cañones emplazados apuntan a Gibraltar. Las ejecuciones se han llevado a efecto para evitar que los obreros revelasen detalles de las fortificaciones construidas.

★

La Agencia España, de París, informa que los soldados republicanos encontraron en una trinchera tomada a los facciosos un manifiesto firmado por «un grupo de falangistas y requetés», en el que protestan de la actividad en España de «miles y miles de extranjeros, italianos y alemanes, que en la mayoría de los casos, toman aires de conquistadores y de amos de nuestra España. Es Franco el que los ha traído; lo que equivale a entregar la patria a los extranjeros».

★

El obispo de Pamplona recomienda a las mujeres que no usen trajes ligeros ni llamativos de acuerdo con la campaña que en igual sentido están llevando a cabo las «autoridades» y damas aristocráticas facciosas.

EL EJERCITO DEL PUEBLO

II

Su organización, estructuración y localización

Decíamos en nuestro artículo anterior que el ejército futuro debe estar formado por y para el pueblo y no contra el pueblo.

Pues bien; partiendo de ese principio, y atendiendo única y exclusivamente a que el brazo armado de la nación no tenga otro objeto, fin y destino más que la defensa de la independencia de aquélla, sin miras ni ambiciones imperialistas algunas, se alcanza fácilmente cuál puede y debe ser la organización y estructuración de las instituciones bélicas y su distribución en los ámbitos del país.

Esa organización, estructuración y localización no puede ser impuesta de ninguna manera por las necesidades y miras políticas, sociales y económicas de los partidos o de las poblaciones, como desgraciadamente ha venido sucediendo en el antiguo régimen, y aun en el republicano; doloroso, pero justo es confesarlo.

Ese funesto afán de utilizar el ejército como un medio de crearse clientela política o de satisfacer necesidades económicas y aun matrimoniales de ciudades, villas o villorrios, supeditando a estas cuestiones particulares el interés supremo de la nación debe ser absolutamente desterrado.

El ejército en sí no puede ni debe atender, en su organización, ni en su estructura, ni en su repartimiento en el país, más que a los altos fines que le están encomendados, que no son otros más que la defensa de la existencia de la propia nación.

Sentado y admitido esto así, veamos cuál debe ser, en nuestro pobre sentir, la organización, estructuración y localización del ejército, y para mayor orden y claridad en la exposición analizaremos cada uno de estos aspectos separadamente.

A) Organización

En las pequeñas unidades, hasta batallón inclusive, y en sus similares en las otras armas combatientes, la formación y composición actual responde a los fines tácticos que les pueden estar asignados, conforme se está demostrando en la lucha actual, y ya la experiencia de la guerra mundial había enseñado, y únicamente deberían reforzarse sus medios automáticos de fuego y aumentar algo sus mermados efectivos numéricos; pero en cuanto rebasamos esas unidades se nota que la práctica ha venido a confirmar plenamente la ingravidez e ineficacia de las antiguas unidades regimentales y brigadas compuestas de fuerzas homogéneas y de una sola arma, incapaces por ello de llenar y cumplir misiones tácticas, concretas y determinadas.

Y tan cierto y evidente es ello, que en la práctica y de hecho se reconocía la ineficacia de tales unidades, y reglamentariamente, para el desarrollo y ejecución de misiones tácticas, ofensivas y defensivas, se adscribían a las unidades regimentales de infantería otros elementos de las demás armas combatientes, tales como la artillería de acompañamiento, escuadrones, etc., etc.

Con todo eso se demostraba la imperiosa necesidad de crear la unidad orgánica que contara permanentemente con medios y elementos de movimiento, fuego y auxiliares para poder ejecutar aislada o conjuntamente, en un momento dado, una acción guerrera.

De hecho, tal necesidad se cubría asignando a los regimientos de la infantería, como antes hemos dicho, y en los momentos de la lucha, elementos de las otras armas; pero ese acoplamiento momentáneo tenía varios graves inconvenientes, cuales eran, entre otros, la falta de unidad

anterior en el mando, la de compenetración entre las diversas armas transitoriamente reunidas, el desconocimiento del empleo táctico por parte de los mandos, de los elementos de fuego ajenos a su arma y la anteposición de vanos y maléficos prejuicios de armas y cuerpos que engendraban unos perjuicios y graves antagonismos nacidos de un malentendido espíritu de armas.

No había, pues, ni hay, para la perduración de esas unidades regimentales y brigadas en esa forma constituidas, más razón que la influencia histórica y el apego a lo tradicional, y de ahí el que los regimientos sólo tuvieran como fundamento de su existencia el de ser unidades administrativas y el de tener motivo para crear y colocar muchos mandos, cuyo rendimiento efectivo era y es nulo, aunque sí resultaban y siguen resultando gravosos para el erario público.

Esta firme convicción ha hecho el que se viniese defendiendo por los elementos jóvenes y destacados profesionalmente en el ejército, la desaparición de las unidades regimentales y brigadas, y la adopción del batallón como unidad orgánica y táctica única, para formar por su acoplamiento numérico homogéneo y con las otras armas, las unidades tácticas superiores.

Así, y por derivación lógica y forzosa, se ha venido a la creación de las actuales brigadas mixtas, que por su composición heterogénea e integración de todos los medios y elementos bélicos, pueden llenar eficiente y adecuadamente las misiones concretas que en la guerra pueden serle encomendadas, y a la par subsanar los graves perjuicios que anteriormente enumerábamos, como dimanantes de la actual organización regimental.

Por el acoplamiento extensivo y numérico de estas brigadas se deben formar las unidades de combate superiores a ellas, cuales son los cuerpos de ejército, ejércitos y grupos de ejército, encargados de misiones tácticas y estratégicas de más alta envergadura, para cuyos fines habrá forzosamente que incrementar en estas organizaciones superiores, el acoplamiento numérico de las brigadas, con la creación de aquellas unidades de fuego y medios independientes de los de las brigadas que sean necesarias para que se puedan

realizar las funciones guerreras a aquellas otras unidades encomendadas.

He aquí la organización, que podríamos llamar vertical, y que en nuestro criterio, pobre, pero extraído del examen de las realidades, puede y debe darse al ejército, en conjunto y por armas.

B) Estructuración

Con esta palabra queremos designar la organización del ejército, tomada en su sentido horizontal, es decir, considerando las diversas armas y cuerpos auxiliares, que integran o deben integrar aquél.

La experiencia que en nuestro suelo se está verificando nos va enseñando el papel importantísimo que en las futuras contiendas van a alcanzar las armas de aviación y artillería, como igualmente los tanques y demás medios automáticos de fuego; es decir, en una palabra, que la guerra se está mecanizando cada vez más, lo cual significa que la infantería, que es el arma que en definitiva resuelve el combate, pierda su característica y valor guerrero.

Las circunstancias en que se desenvuelve esta sangrienta lucha fratricida han impedido, afortunadamente, el empleo de los gases mortíferos, y ello nos priva de conocer el uso que en definitiva haya de tener este cruel medio de guerrear; si bien las lecciones extraídas de la campaña italiana en Abisinia permiten formar un juicio sobre el papel trascendental y en muchos casos decisivo que este instrumento bélico está llamado a alcanzar.

El desarrollo de nuestra guerra va corroborando, y aumentando, si cabe, la apreciación que la contienda europea permitió hacer sobre la vuelta a la guerra de trincheras, y por ende a la importancia extraordinaria lograda por las obras de fortificación de campaña.

Pero en lo que más acentuadamente se nos han mostrado las deficiencias de nuestras instituciones bélicas ha sido en las defensas antiaéreas y en los servicios de transmisiones, transportes sanitarios y de evacuación, como también se hubiera podido notar en los antiguos, de haberse utilizado ese medio de combatir.

Por lo que concierne a los transportes, el re-

medio hubiera podido encontrarse en parte, y el mal se hubiera aminorado, si se hubiese llevado a cabo la creación y organización del cuerpo de tren, dispuesta desde el 1931, pero impedida por las miras e intereses particularísimos de unos cuerpos u otros, que no reparan en sacrificar los intereses y conveniencias generales de la nación a los suyos especiales.

Afortunadamente las enseñanzas amargas de esta guerra interna nos están señalando el camino a seguir para reparar esas deficiencias, y entre ellas, las no despreciables en las transmisiones; y como consecuencia se van aplicando los remedios varios que las circunstancias demandan, y se van montando y organizando aquellos servicios tan abandonados antes, y que tanta influencia van adquiriendo en la intensa complejidad y extensión que las operaciones guerreras van alcanzando en el futuro.

Por otra parte, nosotros estimamos que la organización y estructuración del ejército en los tiempos de paz debe ser aquella misma que haya de ofrecer y adoptar en tiempos de guerra; es decir, que todas las unidades grandes y pequeñas, como igualmente todos los servicios han de estar constantemente en condiciones de empleo en funciones bélicas, sin que el trasunto de un estado a otro pueda producir ni originar perturbaciones de ninguna clase.

En que esto sea público no hay peligro alguno para el desarrollo ulterior de las acciones y operaciones guerreras, que son las que en su concepción, planeamiento y ejecución deben ser rigurosamente secretas.

Como consecuencia de cuanto va dicho creemos que en la composición de las grandes unidades, a partir de las brigadas mixtas inclusive, deben encuadrarse las pequeñas unidades de las armas combatientes y de todos los servicios auxiliares, en la ponderación precisa para que aquellas puedan llevar a ejecución las misiones que les sean confiadas.

Y vamos con el pavoroso asunto de las reservas.

Pena da el considerar la desidia y abandono suicida en que se ha tenido en el régimen mo-

nárquico, que ha perdurado igualmente en el republicano, cuanto concierne al importantísimo y vital problema de la movilización de las reservas.

Existía y aún existe un Reglamento (una rama más del frondoso árbol de nuestra profusa legislación), y también existían y aún existen unos fantásticos centros de movilización, en los que sesteaban y siguen sesteando unos cuantos señores jefes y oficiales; pero dolorosamente hemos de confesar que ni aquél se cumplió ni desarrolló nunca, ni los centros sirvieron absolutamente para nada, a no ser para proporcionar puestos y motivos en donde encuadrar a muchos de los últimos, que de ese modo tenían y aún siguen teniendo, en plena lucha, que es lo peor, un cómodo asiento desde el cual seguir ordeñando la prolífica vaca del erario público.

La experiencia de la vida militar, y el paso por esos centros, nos ha hecho aprender y comprobar horrorizados la nula obra que en ellos se ejecutaba, y el grave peligro y conflicto a que estábamos abocados, en caso de guerra, por la falta plena de organización y preparación de las reservas.

Urge, pues, y ha de ser un máximo cuidado en el Ejército popular, para atender adecuadamente a la movilización y utilización de los individuos licenciados, en caso de que la nación precise de ellos para defender su propia independencia, que se creen y organicen eficientemente aquellos centros, o como se les quiera llamar, en la proporción de uno por brigada mixta, por división o por cuerpo de ejército, según se estime más conveniente, en los cuales, y esto es lo esencial e interesante, se encuadren todos los reservistas, organizando con ellos unidades similares a las arriba citadas, en forma tal, que con la rapidez máxima que las circunstancias pueden imponer, se encuentren en condiciones de afrontar, al lado de las de activo, las exigencias que de la lucha se deriven.

La organización ha de ser tal que debe permitir conocer a todo ciudadano, mientras dure toda su vida militar, la unidad grande y pequeña de su arma en la que figure encuadrado y el

punto en que haya de hacer su concentración, en caso de ser movilizado.

Para integrar los cuadros de mando de las unidades de reserva, que pueden y deben estar acoplados y designados en todo tiempo, podrían utilizarse los jefes y oficiales retirados, en aptitud de empleo, los de reserva o complemento que se crearán y los de situaciones no activas, como reemplazo, etc., a los que se agregarían, una vez movilizadas las unidades, algunos otros de los cuadros activos, si ello se juzgaba necesario por su mayor eficiencia y práctica profesional.

El personal meramente burocrático de esos centros podría y debería extraerse de los cuadros del cuerpo de inválidos, que de ese modo encontrarían colocación adecuada a sus aptitudes físicas y a sus actividades, y a su paso rendirían al pueblo el fruto de su trabajo.

C) Localización

Como dijimos al principio de este trabajo, en el régimen monárquico primero y aún en estos años del republicano después, en el reparto de las unidades militares por el ámbito nacional, casi únicamente imperaron como razones supremas y atendibles, salvo casos excepcionales, las conveniencias políticas, sociales y económicas de los partidos políticos o de las localidades, máxime cuando el brazo armado del país no respondía casi a otra razón de ser más que la de servir de instrumento para la represión y sometimiento de unas clases sociales a otras, que siendo la minoría dominante detentaban todos los poderes políticos, sociales, riquezas y privilegios.

Al cambiar la entraña del régimen político y social, y concentrar el pueblo en sí todos sus poderes, el ejército de él nacido, ha variado completamente en sus fines esenciales, para atender únicamente a sus excelsoos destinos, que no son ni pueden ser otros más que la defensa de la independencia patria, y con ella la propia del pueblo que lo integra y lo alimenta.

De todo esto se desprende meridianamente que para la localización del ejército en el suelo nacional, no puede ni debe atenderse inexcusablemente a otras imposiciones que no sean las que se deriven de la conformación orográfica e hidrográfica del país, de las vías de comunicaciones marítimas y terrestres y de los posibles y probables caminos de invasión enemiga.

La configuración y estructura del interior y de las fronteras y costas de nuestra Península, y las vertientes naturales en que el suelo aparece dividido, conjuntamente con los fines meramente defensivos que marcan la razón de ser del ejército del pueblo, libre de sueños imperialistas, exigen e imponen irrefrenablemente la formación de una cobertura militar que, circundando la nación, sea la coraza férrea que la defienda y proteja; y uniendo a esta cobertura la poderosa reserva de un ejército central, en posición y medios de atender al refuerzo de aquellos puntos débiles que el anillo exterior pudiera ofrecer, se constituiría con todo ello un resistente y eficiente instrumento bélico, sobre cuya solidez podría confiadamente descansar la independencia y defensa de la patria.

Restituido el ejército a sus propias y únicas funciones (los poderes públicos para el mantenimiento del orden, pueden crear aquellas fuerzas que estimen precisas y convenientes), dejarán así de ser las instituciones marciales los pilares básicos en que se apoyan indefectible y sempiternamente los gobernantes para encubrir y resolver los conflictos que crean sus inepticias y arbitrariedades, con daño y desprestigio siempre, a causa de ese mal uso del brazo armado de la nación, como antes venía ocurriendo.

He ahí, grosso modo expuesto, cuanto la experiencia de la vida militar nos sugiere respecto a los puntos en este modesto artículo desarrollados.

E. DIAZ-TENDERO

Mayor de Infantería

A Ñ O I

10 JULIO 1937

NUM. 4